

Porque yo nací en este mundo

Por: Pierrot

El violento encuentro con “el otro”

En su lecho de muerte, ante los ojos de su sobrino, Kenny Ackerman pronuncia unas palabras cruciales que guiarán el curso del resto de la historia de la guerra entre humanos y titanes: “todos somos esclavos de algo, todos necesitamos una verdad que nos mueva hacia adelante”. La humanidad posee una capacidad única dentro de su definición como un conjunto pensante de seres vivos, capaces de ejecutar procesos de aprendizaje y socialización basados en la razón. La identidad es parte de estos procesos, y conforme el contexto de nuestra historia se mantiene en constante movimiento a causa de revoluciones en el entorno; nosotros tenemos diferentes mecanismos que fundan nuestra identidad y la van construyendo, la forma en la que nos percibimos dentro de un colectivo y como parte del mundo nos fuerza a identificarnos con una realidad histórica a la cual cada individuo se aferra en la búsqueda de certeza frente al futuro.

Desde que nacemos, nos encontramos acto sumamente violento, el propio hecho de haber existido es violento ¿por qué iniciar de esta manera una premisa? Porque en el entendimiento de la violencia, está todo aquello que reestablece el orden de una entidad o de un espacio por distintos medios; en el mundo moderno el existir infiere que no solo hace falta mantenerse con vida como pudiera significar para los animales, sino permanecer en un entorno social al que es necesario adaptarse: el encuentro con otros seres humanos con las mismas intenciones de sobrevivir que nosotros, Marx ya había dicho que la historia de la naturaleza y la historia de la humanidad es una sola historia: la historia de las interacciones dialécticas entre los seres humanos, su entorno natural y su propio cuerpo viviente (Marx, 1978; y Engels, como se citó en Campillo, 2015).

En el momento que somos reconocidos como seres humanos gozamos de un abanico de derechos y responsabilidades que se van adaptando a nuestras etapas de vida, y dada la organización sistemática e histórica del mundo, también la integridad de estos derechos “inapelables e innegociables” es relativa según el lugar que uno ocupe respecto al otro. Es un mundo diseñado para las asimetrías, para la homogeneización de la sociedad, y por tanto, la condición negociable de las violencias

La rabia por existir

Cuando se habita desde la no-hegemonía, entendiendo por hegemonía al conjunto dominante de características sociales abrazadas como una norma o “estatus quo” que permanece superior dentro de cierta jerarquía de valores relacionados al orden y la virtud; se aprende a mirar a la sociedad como un ente que ha detectado diferencias entre su “todo” y la existencia de “uno”, del “otro”, del “yo” o de quien sea que se aloje en “la diferencia”. Un lugar peligroso para estar, pero que no es dependiente del albedrío o de la disposición individual: la raza, el género y el estigma relacionado con la clase son cosas que no se pueden cambiar. Pero se puede pretender exterminar la diferencia.

La incertidumbre sobre la identificación y la violencia puede desembocar en acciones, reacciones, complicidades y anticipaciones que multiplican la incertidumbre preexistente sobre las etiquetas. Esta se suscita alrededor de un ejercicio de violencia destinado a la humillación, al daño, la tortura y la degradación de los cuerpos, por parte de otros cuerpos que son defendidos en este acto. (Appadurai, 2006)

Los Derechos Humanos son algo que se ha establecido como aquello que toda persona merece y debe serle otorgado, pero en este planteamiento, las sociedades incurren en una disonancia peligrosa: ¿quién es digno de ser llamado “persona”? ¿solo las personas blancas? ¿solo las personas cristianas? ¿solo las personas de occidente somos personas? En esta “no identificación” con otros dentro de las casillas sociales antes mencionadas somos capaces de consentir la violencia, como antídoto al veneno que implicase la existencia de “la otredad”.

Acepta mi existencia o espera mi resistencia

Como explica Appadurai (2007) “la violencia puede crear una macabra forma de certeza y puede convertirse en una técnica brutal (o un procedimiento de descubrimiento propio del pueblo) acerca de «ellos» y, por lo tanto, acerca de «nosotros».”

Las violencias no pueden tener fin ya que residen en una naturaleza innegable del ser humano relacionada con su supervivencia: debe defenderse de lo que percibe como amenaza. En una sociedad moderna, la amenaza es sutil, ideológica, retórica, casi imaginaria: es el enemigo del otro lado del espectro político, es la entidad fuera de los binarismos, la existencia lejos de la norma o en el lado incorrecto de la historia. México es un vivo retrato de ello: estadísticas como 10 feminicidios diarios en seis meses (INEGI, 2020) prueban lo antes mencionado, como uno en millones de ejemplos.

Pero son estas mismas violencias las que despiertan a la acción, una estructura que llama a su reforma o a su destrucción necesaria primero necesita manifestar crudamente sus violencias: el patriarcado debió haber destruido a muchas mujeres para empezar a recibir reacción, el capitalismo debió derrumbar comunidades para que estas empezaran a cuestionarlo. El que existe desde la disidencia, desde la urgencia de cambio, nunca podrá permanecer de manera dócil en el mundo.

El derecho a la violencia

Sin embargo, al realizar este análisis, podemos concluir en que el ciclo mismo de la violencia es a su vez, un ciclo aspiracional alrededor de la libertad humana, la libertad de poseer la tierra, de expandir un linaje, 5 de poseer un legado. No obstante, uno de los matices del liberalismo que no se contemplan con frecuencia es que, en nombre de la libertad de algunos, se requieren de fuertes mecanismos de opresión, de una limpieza de disidencias y de una sociedad que se mantenga homogénea sin importar el costo. La violencia en el mundo libre es parte medular de su existencia.

Aunque seamos ciudadanos del mundo, nunca dejamos de pelear por nuestro derecho a vivir en él, reconocer sus afanes de exterminio, su necesidad de sumisión y entender como nuestra la opción de no otorgarla. El deber de la juventud que ingresa a un mundo violento es entender que no podemos darnos el lujo de conceder silencio y quietud. Porque nacimos en un mundo que no se va a quedar quieto.

Referencias

Appadurai, A. (2006). Muerte segura: Violencia étnica en la Era de la Globalización. Revista Académica de Relaciones Internacionales, núm.4,GERI-UAMISSN1699-3950. <https://revistas.uam.es/relacionesinternacionales/article/view/4848/537>

Appadurai, A. (2007). El rechazo a las minorías: un ensayo sobre la geografía de la furia. Duke University Press. <https://anthroposentido.files.wordpress.com/2016/01/arjun-appadurail-rechazo-de-las-minorc3adas.pdf>

Campillo, A. (2015). Biopolítica, totalitarismo y globalización. Universidad de Murcia. [https://www.ucm.es/data/cont/docs/1155-2016-02-24ANTONIO_CAMPILLO_Biopol%C3%ADtica_totalitarismos_y_globalizaci%C3%B3n\(1\).pdf](https://www.ucm.es/data/cont/docs/1155-2016-02-24ANTONIO_CAMPILLO_Biopol%C3%ADtica_totalitarismos_y_globalizaci%C3%B3n(1).pdf)

Isayama, H. (Escritor), & Tetsuro, A. (Director). (2013, 6, Abril). Keiichi H, Mitsuhsa I, Nobuyasu S, George W . Apellido (Productor ejecutivo), Attack on Titan. MAPPA studios. _